

AGUA DE AZAHAR

Por Moshe Rozén
Desde Nir-Itzjak, Israel

Sábado pleno: estoy en bicicleta; la primavera israelí ya está en el aire: envidia a los poetas. Quisiera escribir sobre limoneros, madre selvas y jazmines, pero Nueva Sión me solicitó una nota sobre Medio Oriente. La verdad, me digo, no hay nada nuevo bajo el sol. La revuelta en Libia, la intervención de las potencias, la represión de los rebeldes en Siria, ya no son noticia.

Ya estoy llegando a casa, *mishmish* – así bautizamos a nuestra vieja pero resistente *compu-* me está esperando.

De pronto, alerta roja. Alerta roja es una consigna que, propalada por altavoces, reclama el inmediato ingreso a un refugio. *Es el anuncio de un cohete Kasam que está por caer.* Comienza la cuenta regresiva... no alcanzo a llegar. Ni la *bici* ni yo estamos para cabalgatas. El **Bum!** retumba en las paredes, pero el Kasam cayó relativamente lejos, en el campo. Ya estoy en casa, frente a *mishmish*. Lo único que se me ocurre es que zafé. Eso: zafamos. Si Hamás y la Yihad Islámica tendrían más puntería, el periódico se quedaría con un corresponsal menos.

A propósito: zafar proviene del árabe (azah: soltar, quitar).

El Kasam está por cumplir diez años. El disparo inicial desde Gaza fue en octubre del 2001 contra la ciudad de Sderot. La desconexión territorial de Gaza en 2005 y la posterior toma del poder por parte de fracciones armadas del islam integrista convirtieron al Kasam en el protagonista principal del terror contra poblaciones civiles en Israel.

Aunque carente de la aureola romántica que el fanatismo de fundamentalistas islámicos adjudican a los atentados suicidas, el Kasam anota importantes logros para la estrategia bélica de Siria e Irán: tanto Teherán como Damasco no se involucran en un conflicto armado frontal con Israel. En ambos casos, por ahora, se contentan con pertrechar al gobierno de Gaza. Otra no menos desdeñable ventaja es operativa: los disparos pueden efectuarse desde zonas densamente pobladas, utilizando a los civiles palestinos como escudos humanos, que dificulten el previsible castigo desde el bando agredido.

El jueves (7 de abril) la Yihad Islámica planificó un ataque contra un micro de escolares. La mayoría de los niños alcanzaron a descender en sus casas –de regreso de sus clases- unos minutos antes del estallido de un misil.

Lo que decíamos: zafamos.

Prefiero pensar en el aroma dulzón del azahar que envuelve nuestra casa.

Me pregunto: azahar proviene del árabe (flor, en particular: flor blanca) se vincula –tal vez- con azar y otras suertes, como la de zafar, desde hace diez años, de la agresión, de la muerte, del terror.